

ñales, (Fe, Esperanza y Ambición), y en cuatro molinas, (Imprudencia, Injusticia, Destemplanza é Insaciabilidad).
El Duende, puesto en un solio, hace de Juez (?) y ve al reo, (al Ministro):

que sale componiéndose el pellejo
limpiándose las muelas con despejo;
sus uñas no ha encontrado,
que de puro arañar se le han gastado....

El Juez le mira airado,
y él se juzga prescripto y condenado;
dícete al fin: «Horrendo mal cristiano
¿cómo así has destruido el Reino hispano?
¿Cómo siendo Intendente sin cordura
aniquilaste toda Extremadura
dejándola en desiertos adueros
sin respetar los pobres militares,
siendo desde la selva á la montaña
triste despojo de la infiel guadaña
con el bastón que tu piedad empuña
el año de catorce en Cataluña?
Amotinaste al pueblo sospechoso
por hacerte Ministro poderoso
queriendo que pagase cada casa
un doblón á un Estado infiel la Tasa.
¡Qué de vidas por ti no han perecido!
Las tropas ¡qué martirios no han sufrido!
¡Qué iglesias saqueadas!
¡Qué doncellas violadas!
¡Qué violencias! ¡qué incendios y qué ruinas!
Tú fuiste, tú, el causante á estos horrores;
sin perdonar las tropas tus rigores;
por ley de buen ajuste las amargas
trapeándolas las pagas....

En Cádiz y su próspera marina
fuiste causa de toda su ruina;
los navios que allí se han carenado
doce mil pesos en cada uno se han hurtado... (1)

Tú permites sin cuenta
de Justicia y de Gracia hacer la venta...

Tú quieres manejar toda oficina,
y sus ministros son de la cocina...

(1) La incorrección de éste y otros versos, aunque en número relativamente muy reducido, así como lo de algunas concordancias anteriores, son, á no dudar, faltas de copia, que encuentro y conservo, en el manuscrito que tengo á la vista.



« ESCRIBIDME UNA CARTA, SEÑOR CURA ». — Cuadro de E. VASSALLO.

Al Rey cautas con malas intenciones
de los monarcas las serias reflexiones...

Tú haces de muchachos muy bozales
tropa inmensa de torpes generales...

Tú quieres que en la Flota y galeones
vengan muchos millones de doblones,
y el que viniere atrás, si acierta ó yerra,
ate con longanizas esta perra.»

Quando se lee la Historia, y se ve que Patiño es calificado de probo y que murió pobre, no se comprende cómo estas furibundas acusaciones hallaban eco en la Corte, ni menos se concibe como podía ser su autor... un fraile carmelita descalzo, persona muy influyente y reputada, que al tiempo de ser descubierta tenía anunciados por las esquinas de Madrid dos sermones, uno del Rey y otro de la Princesa de Asturias. Tenía el Padre en grande estima á esta dama, y acaso le protegió más de una vez en secreto, pues entre ambos existían vínculos de patria. El embajador de Portugal en Madrid, se asesoraba también con el *Critico Duende*, nacido en el reino lusitano, y, primero, conocido en la carrera de las armas con el nombre de don Manuel Frey de Sylva. Profesando después en la Orden Carmelita, adoptó el nombre de Fray Manuel de San Josef, desempeñando varias veces delicadas misiones, de muy diverso carácter, que le valieron gran reputación entre clérigos y seglares, de alta posición sobre todo. Acaso aquí esté la incógnita de la nutrida información diplomática y palaciega que recibía, y que sería fatigoso extractar por entero de sus *gacetas*. Temidas y famosas éstas, (que introducía en palacio un viejo militar, muy querido del Rey), el cardenal Molina y Patiño no cesaron en sus pesquisas, cayendo al fin el autor en sus manos á los seis meses aproximadamente, no sin que, por sus escritos, sufrieran, otros, equivocadamente, detención y encarcelamiento. Para descubrir al *Critico*, el antiguo manuscrito en que me informo deja entrever la *elección especial* de un nuevo general para la Orden del Carmen, quien apenas tomó posesión del cargo, desterró al Padre Manuel. Ya en camino para Portugal, fué detenido por orden del Gobierno. Trájoselo á Madrid, donde estuvo estrechamente encarcelado nueve meses, burlando al fin su encierro, lo mismo que un *duende*, pues dejó intactas las puertas y cerrojos, y el centinela que le guardaba no se apercibió de su fuga.

Como dato significativo debo anotar el de que el rey de Portugal puso espías en la frontera de su territorio para librar á Fray Manuel de los asesinos, que se dijo estaban encargados de *despacharle* si llegaba á salir de España; y el de que, apenas la hija de aquel monarca, doña Bárbara, Princesa de Asturias, compartió el trono de España con su esposo Don Fernando VI, invitó melosamente al *ex Duende* para que regresara á España.
F. TOMAS y ESTRUCH

EL MORABITO DE ANGHERA

TAN hartos estábamos de aquellas noches interminables en que la lluvia convertía en balsas de fango el interior de nuestras tiendas, que al ver que un viento un poco vivo que soplabá de la parte del mar, había ido barriendo los espesos nubarrones que entoldaban el cielo, me entraron ganas de interrumpir por aquella noche la partida de tresillo, para dar un paseo por el campamento.

Al capellán del tercero montado no le pareció muy bien la idea. Más admirador de un buen codillo, y sobre todo de sus resultados, que de todos los encantos con que pudiera brindar la madre naturaleza, hubiera preferido que agotáramos el repuesto de velas de sebo sacando las últimas puestas, en la esperanza, casi siempre realizada, de que el festejo diera fin con unos cuantos entreses, en que el buen *pater* parecía zahorí, según sentía súbitas inspiraciones para apuntar en favor ó en contra de la banca.

Pero como el capitán Carrillo y el alférez Ralero simpatizaran con mi proposición, el cura, mascullando no sé si una oracioncilla ó un terno, tuvo que resignarse á salir al campo, mientras empaquetaba la baraja en el mismo bolsillo de la levita que servía de asilo al breviario que, en honor de la verdad, tampoco don Apolinar olvidaba nunca.

La noche estaba deliciosa, aunque de mediados de Diciembre. La luna, en todo el apogeo del plenilunio, hacía resaltar la blancura de las calles de tiendas del tercer cuerpo de ejército, que se perdía en el llano con una monótona uniformidad, sólo interrumpida por las cónicas de los oficiales y las marquesinas del estado mayor general, y el horizonte se veía limitado por las abruptas asperezas del boquete de Anghera y por un picacho más elevado que otros, y que era precisamente el que ocultaba, á nuestros ojos, el quebrado terreno que de allí á pocos días había de hacer para siempre memorable el glorioso combate de los Castillejos.

La prohibición de circular por el campamento después del toque de silencio, nos hacía esquivar el encuentro de las rondas y rondines, y cuidábamos mucho de no llegar á las grandes guardias de las avanzadas, de las que se distinguía el brillo de las bayonetas de los centinelas, y hasta nos parecía adivinar pegado á la tierra el bulto de los escuchas.

Sin embargo, de todo el paisaje, lo que más fijó mi atención fué un cerro de no muy grande elevación, pero sí de bastante áspera subida, en cuya cúspide se veía una casita que recordaba, sobre todo por su blancura y el achatamiento de su azotea, las alegres quintas de los alrededores de Rota, Chicliana y los Puertos.

El que tal cerro me inspirara curiosidad, no tenía nada de extraño. Algunos hebreos que se habían presentado en nuestro campamento los días anteriores, y los dos ó tres moros que habíamos hecho prisioneros en las acciones de los primeros días de Diciembre, nos habían hablado tanto y tanto de la *Casa del Morabito*, que no es mucho que deseara conocerla y sobre todo á su dueño, de quién se contaban cosas estupendas.

Los mismos judíos, poco admiradores de suyo de las santidades de los sectarios del Islam, le miraban con un respeto rayano con la veneración, y aun alguno de ellos aseguraba que si la misma fe que el Morabito tenía en Mahoma la tuviera en Adonai, y que si en lugar de haberse amantado en las *suras* del Korán, hubiera bebido en las más puras fuentes de la Mischna y la Gemmara de los Talmudes babilónico y hierosolimitano, sus virtudes y sus austeridades le hubieran levantado á la altura de aquellos profetas de los antiguos tiempos, de que no se ven ni retoño en los días en que Eloin no había dejado de su mano al pueblo de Israel, al escogido por el Dios de Abraham y de Jacob para depositario del Arca de la Alianza.

Y los moros no había que decir. Según ellos, no sólo abiertos tenía los siete cielos para cuando Azrael le librara de la carga de su vestidura mortal, sino que en esta mísera vida, el alto entre los altos, aquel cuyo nombre es manantial perenne de dichas y fuente inagotable de venturas, le había elegido para que con su ejemplo y con su voz alentase al creyente á no dejarse contaminar con doctrinas contrarias á la predicada por el santo entre los santos, dando la última gota de sangre antes de dejar de confesar las divinas verdades comprendidas en la frase: « No hay más Dios que Dios, ni más alto profeta que Mahoma. »

Como prueba de su influencia se decía, que lo que nunca hubieran podido lograr los adictos del Emperador, lo habían conseguido sus predicaciones. Aquellas rebeldes y siempre inquietas kabilas angherinas, que se alababan de no conocer más amo que su capricho, ni más ley que su voluntad, habían tomado las armas contra los cristianos, no en defensa de la bandera imperial, sino porque el Morabito los había llamado á la Guerra Santa, prometiendo á los hijos del Mogreb las dulzuras del Paraíso.

¿Qué de cosas me ocurrieron al contemplar, á la macilenta luz de la luna, la casa que según todos los informes se había negado á abandonar siempre el Morabito, á pesar de los peligros á que le exponían las contingencias de la guerra? Poco seguro en ninguna fe determinada, pero dotado de un gran fondo de íntimo misticismo, no podía menos de admirar y hasta de envidiar á aquel santo varón á quien una arraigada creencia, buena ó mala, daba mayor fuerza que los más altos poderes de la tierra.

— ¡Qué gran cosa es creer de todas veras, padre cural — exclamé por dar suelta á mis impresiones, dirigiéndome á don Apolinar.

— Tan grande — contestó el *pater*, que cuando se ponía serio infundía verdadero respeto — que si hoy no realizamos aquellas hazañas que nos mueven á asombro al leer la historia de otros siglos, es porque desdichadamente se ha perdido eso que los espíritus fuertes llaman ustedes fanatismo.

— Quizá de ello tienen ustedes más culpa que nosotros, — no pude menos de replicar con cierta acritud. — ¿Sería usted capaz de citarme muchos morabitos cristianos que sepan imponer su fe con el ejemplo de sus austeridades y penitencias.

— Más de los que usted sospecha, — contestó el sacerdote con severidad. — Lo que tiene es que ese progreso, que no soy yo de los que condenan y escarnecen, nos ha enseñado á despojarnos de un exterior de mojigatería y de falsa ostentación piadosa, que sólo sirve para igualarnos con aquellos que el Evangelio compara con los sepulcros blanqueados. Una ronda que veíamos acercarse nos hizo enmudecer, y buscando la sombra que proyectaban las tiendas, nos dirigimos á la nuestra en busca del descanso que quizá necesitaríamos para las fatigas del siguiente día.

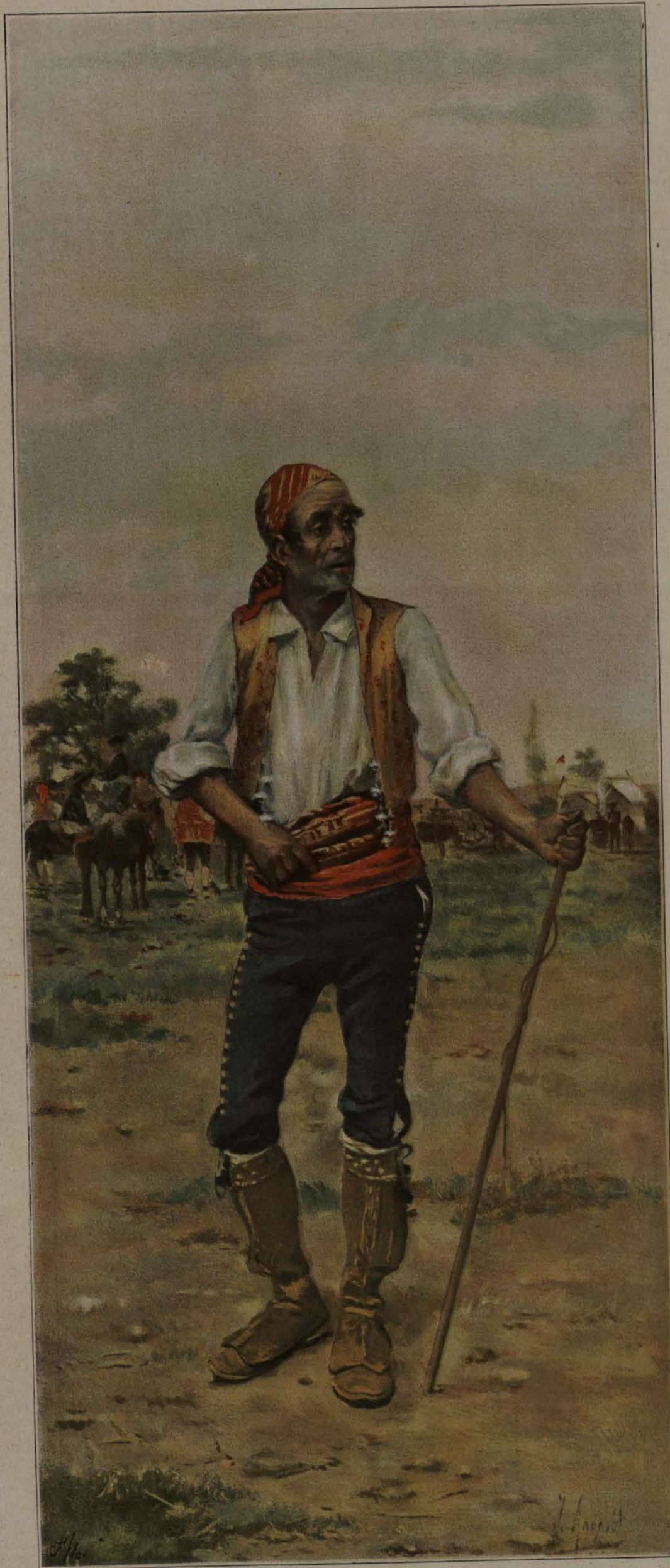
Y estas no fueron pocas ciertamente. Con los albores del día, se cruzaron los primeros disparos de nuestras avanzadas con las de los moros, que según su costumbre aprovechaban aquella hora para hostilizarlos, y el toque de diana se mezcló con el que nos mandaba avanzar sobre los cerros próximos, coronados ya por el enemigo.

Aquel día la caballería no tuvo que maniobrar, y la artillería se limitó á dirigir sus disparos, sobre las posiciones que los moros habían escogido.

Los que batimos bien el cobre fuimos los de infantería. La morisma, desalojada unas veces por el fuego en guerrillas, otras por los ataques á la bayoneta de nuestros regimientos de línea y especialmente por los batallones de cazadores, se replegó en masa compacta hacia la eminencia en que se levantaba la *Casa del Morabito*.



ESTAN VERDES — Cuadro de ENRIQUE SERRA.



Exposición Robra (Escudillera, 5, 7 y 9)

CHALAN ANDALUZ

Tomar aquel punto estratégico, nos costó mucho tiempo y no pocas bajas. Los marroquíes le defendían palmo á palmo, con una fiereza de que no se tiene idea; pero nuestros soldados, bravos como leones y sufridos hasta el heroísmo, dos veces rechazados por el nutrido fuego de los ciertos tiradores rifeños, lograron á la tercera poner el pie en los últimos pedruscos, y la bandera del batallón que yo mandaba, ondeó por fin sobre aquella casita blanca que unas horas antes veía yo desde las tiendas del campamento, con un respeto que se parecía mucho á la veneración.

III

Los prisioneros que hicimos fueron pocos. Los moros preferían morir á rendirse, y estoy por decir, que los que cogíamos era por no darles tiempo á dejar la vida entre nuestras manos.

Sin embargo, entre ellos había uno que excitaba mi curiosidad en alto grado. El Morabito, que á decir de testigos presenciales, había vendido cara su libertad, manejando la guma con un ardimento que nadie hubiera sospechado en un hombre macerado por los ayunos y lacerado por las penitencias... se había entregado á nuestros cazadores.

Cuando supe que acababa de salir de la tienda del general, para ingresar en una de las ambulancias, donde habían de curarle algunos no peligrosos rasguños, quise verle.

Cabalmente estaba conmigo don Apolinar, el capellán del tercero montado y ambos, nos dirigimos á la residencia accidental del Morabito.

Este, que acababa de ser curado, estaba sentado en una silla de tijera, y la verdad es que á primera vista presentaba un aspecto venerable, á que no contribuía poco la crecida barba que le llegaba hasta la cintura y á la que las canas, que todavía no eran muchas, daban un tinte ceniciento obscuro.

Nuestra entrada en la tienda no le hizo levantar los ojos que tenía constantemente clavados en el suelo; y sin embargo, en cuanto oyó el timbre de mi voz, hablando con uno de los médicos, levantó la cabeza.

Entonces, pude fijarme en él á todo sabor. Aquellas facciones no me eran desconocidas. No sabía donde, pero aquellos ojos de mirada entre sombría y profunda, los había yo visto antes.

El lo conoció así, y sin darme tiempo á que manifestara á nadie mis dudas, me hizo un signo con la cabeza para que me acercara.

Cuando lo hube hecho, en voz lo bastante baja para no ser oído más que por mí, pero en correcto castellano, me dijo:

— Mi comandante, no me pierda usted. ¿No se acuerda usted de mí? Soy Ocaña, el que era su asistente el año 43, cuando usted era alférez del Provincial de Laredo. Si encuentro ocasión le contaré mi vida, que no es vida tan breve como á primera vista parece.

IV

Aquella noche busqué un pretexto para que el Morabito pasara una hora en mi tienda, donde previamente había hecho acudir al capellán del tercero montado.

Si tuviese tiempo, contaría la historia que á fuerza de tragos de aguardiente me refirió Ocaña, mi asistente de mis primeros años de carrera, y el pillito más redomado que he conocido en esta vida.

Otro día lo haré. Por hoy, he de limitarme á decir que cuando quedamos solos don Apolinar y yo, éste, dándome una palmadita en el hombro, me dijo con cariñosa severidad:

— ¡Lamenta usted ahora que los católicos no contemos con muchos morabitos de la santidad de éste?

— Tenga la lengua *pater*, — le contesté con desenfadada jovialidad, — que en todas partes cuecen habas.

Pero la verdad es que aunque dije esto, desde aquel día tengo más fe en los sacerdotes que, sin desdeñar una partida de tresillo, ni dejar de apuntar entre amigos un elijan si la ocasión lo trae, tienen siempre el bolsillo abierto para toda miseria, como me consta que le sucede á don Apolinar, que no en otros que sin levantar los ojos del suelo y hablando siempre de mortificaciones y austeridades, sabe Dios si tendrán una historia no muy desemejante á la del Morabito de la kabila de Anghera.

ANGEL R. CHAVES



EL MOTIN DE ARANJUEZ (EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).